

tugués, pero no por eso digna, tratándose de un rey niño y de una débil muger.

Deseosa ésta de ir terminando todas las parciales discordias que impedían el verdadero engrandecimiento de Castilla, lejos de contestar como merecía al inconsiderado reto, para evitar á sus pueblos los horrores de la guerra, no tuvo inconveniente en que D. Enrique marchase á los confines portugueses para que tratase de terminar, si era posible, pacíficamente aquella intempestiva é inmotivada provocación; y el enviado en efecto asentó paces, pero no fueron á la verdad honrosas, pues sacrificó á las absurdas pretensiones del monarca lusitano tres principales villas fronterizas, abriendo así el camino á nuevas y mas injustificadas exigencias. Mejor le hubiera sido á Doña Maria terminar ella misma aquella contienda, como se propuso concluir con las ambiciones de los Laras, dirigiéndose para ello á Burgos.

Pero antes de que los deseos de la reina pudieran realizarse, nuevas perturbaciones llegaron á poner á prueba su varonil constancia y su prudencia. Habíase concertado, antes de morir D. Sancho, entre éste y el rey de Aragon Jaime II, el enlace del último con la infanta de Castilla Doña Isabel (1291), entregando desde luego á D. Jaime su prometida á la sazón niña de ocho años: y tan grata habia sido esta concordia al aragonés, que dió cuenta de ella en la expansión de su alegría el mismo año al Soldan de Egipto. Pero lo que habia sido tan grato á D. Jaime, cuando consideraba poderoso y temido el reino de Castilla, convirtiéndose en compromiso de enojoso cumplimiento, cuando creyó encontrar pobre y desvalida la castellana monarquía, con un rey menor, combatido por opuestos elementos, y una señora sola, aunque de altas dotes, para conjurar tan recias tempestades.

Así fué, que hallándose en Burgos Doña Maria para buscar conveniente acuerdo en las pretensiones de los Laras y Haros, llegaron á aquella ciudad el religioso franciscano Fray Domingo de Jaca y Simon Deslor, caballero aragonés y del consejo de D. Jaime, con credenciales de éste, dirigidas al rey D. Fernando y á su madre, para exponer á ésta la imposibilidad de realizar el matrimonio pro-

yectado, tomando por pretesto el parentesco que mediaba entre ambos contrayentes. Sin tacto político, pues á haberlo tenido hubiera procurado aumentar la importancia de su reino con la alianza del de Castilla, como quien desea cerrarse todos los medios de volver atrás en sus resoluciones, habia ya contraído matrimonio el aragonés con una hija de Carlos, rey de Sicilia, y al mismo tiempo que comunicaba por medio de sus enviados la ruptura de la ajustada concordia, reclamaba la restitución de los castillos que se habian dado al tiempo de celebrarse los contratos. De este modo faltaba D. Jaime á sus promesas, queriendo quedar en libertad completa para favorecer á los Cerdas, y obtener las grandes ventajas que éstos le ofrecían, para lo cual se aprestaba á ayudarles con poderoso ejército en la proyectada guerra.

Afortunadamente la reina logró comprar por vergonzoso precio de trescientos mil maravedís las aspiraciones de D. Diego Lopez de Haro, de D. Juan Nuñez y de D. Nuñez Gonzalez, mas afanosos de allegar riquezas, que de mantener limpia su honra; y ya un tanto conjurada la tormenta, volvióse Doña Maria con mas esperanzas de prósperos dias á Valladolid, de donde no tardó en salir de nuevo á vistas con el rey de Portugal, para ratificar los conciertos anteriores. Celebráronse al fin aquellas en Ciudad Rodrigo; y como mejor garantía de buena amistad y alianza, quedó tambien concertado el futuro casamiento del rey D. Fernando con Doña Constanza, hija del monarca lusitano.

Tristes decepciones sufrió á la verdad Doña Maria en aquel viaje, que puso de nuevo á prueba la prudencia de la reina. La gente de Zamora, instigada por un servidor del infante D. Juan, manifestó su decision de no recibir dentro de sus muros ni á la reina ni á su hijo; lo cual fué causa de la notable contestación que les dió Doña Maria devorando su justo pesar, al manifestarles con toda la serenidad de su levantado espíritu, que nunca habia pensado visitar tan pronto á los zamoranos, y que tenia trazado su camino por Toro á Salamanca. Corridos quedaron los de Zamora, pero como nada hay mas contagioso que el mal ejemplo, los de Salamanca trataron tambien de cerrar sus puertas al legítimo rey, á quien habian jurado fidelidad y obediencia

en las Córtes de Valladolid: su misma conducta causóles vergüenza y bien pronto arrepentidos salieron á recibir á los régios huéspedes, dándoles digna acogida por mas de quince dias.

Al ver el infante D. Juan que de tal modo iba ganando los corazones Doña María, y que asentadas paces con el de Portugal y los de Haro, casi quedaba solo en la contienda, acogióse con humildad mentida al magnánimo corazon de la reina, rindiendo pleito homenaje á D. Fernando y jurándole lealtad y adhesion.

En tal estado parecia que el horizonte se despejaba para la noble princesa, y que dias bonancibles habian de suceder á los azarosos de incesantes contiendas y revueltas. Ajustadas paces y estrechadas amistades con Portugal; acallados los ambiciosos con lo que mas podia contestarles; reconocido el rey por sus parientes que antes le disputaban la corona, parecia llegado el momento en que pudiera dedicarse Doña Maria á la tranquila y grata ocupacion de fomentar la riqueza pública, convirtiendo todas sus miradas al bien de sus pueblos, que tanta necesidad tenian de reposo en lo presente, y de mejoras y adelantos en lo porvenir.

No eran sin embargo todavía los tiempos de tanta ventura. Nueva y mas recia tempestad se levantó de improviso por el lado de Aragon. Temible liga formada por Jaime II, los reyes de Francia, Sicilia, Portugal y Granada y D. Alonso y D. Fernando, hijos del infante de este nombre, amenazaron cuando menos se esperaba al rey de Castilla enviándole embajadores que le declarasen la guerra. A la noticia de tales nuevas, como nunca los juramentos de los traidores fueron firmes, separáronse del servicio del rey D. Juan Nuñez y otros mal llamados caballeros, que iban solo á buscar no la gloria, sino la poca envidiable fortuna que sus decepciones les proporcionaban. El infante D. Juan creyendo llegado el dia de poder realizar sus aspiraciones á la sombra de las revueltas que se preparaban, levantó tambien de nuevo su rebelde bandera titulándose rey de Leon. D. Enrique, tutor solo para el engrandecimiento propio, pero no para la defensa de su pupilo y del reino, amedrentado y cobarde retirábase á sus tierras

para esperar que el éxito de aquellas discordias le indicase á donde debia dirigirse para lograr mas medro; y sola entre tantos escollos aparece la reina madre, como un faro en medio de los siglos; sola aquella inclita Señora, sin mas amparo que el de Dios y confiando en la justicia de su causa, con la fè que salva y con la esperanza que vivifica, se decide á combatir contra todos sus enemigos, y sola tambien lleva á cabo la gloriosa empresa de salvar al rey su hijo, y con él al imperio castellano¹.

Cobrando nuevos alientos Doña Maria, cuando todo se conjuraba para abatirla, dirigióse primeramente contra Segovia, alborotada por el infante D. Juan, para cortar en su principio las fatales consecuencias que el ejemplo de aquella ciudad podia ocasionar en las demás. Al llegar cerca de sus muros mandó ir delante su pendon, que no se atrevieron á rechazar los segovianos. Y al otro dia llegó á Segovia, y salieron á saludarla los *omes buenos*; pero detrás de ellos se cerraron las puertas guardadas por dos mil hombres y mayor muchedumbre que coronaban las murallas: Doña Maria llegó sin embargo hasta las puertas mismas y su elocuencia hizo que se abrieran. Así que estuvo dentro, volvieron á cerrarse dejando fuera á su hijo; y al verse separada de este modo del tierno objeto de tantos afanes, cercada de armas por todas partes, sin que jefes ni soldados obedeciesen sus órdenes, sin poder contar con mas apoyo que el de su solo esfuerzo, de tal modo la intrépida princesa habló á los segovianos, con tal valentía, con tal imperio, con tanta persuacion, con tal grandeza, que no solo abrieron las puertas á su hijo, sino que ahuyentando con su noble aliento las nubes de traicion que ocultaban la antigua lealtad castellana, consiguió que concediesen al rey los segovianos todos los recursos que necesitaba para la guerra, sirviendo así de ejemplo Segovia á todas las demás poblaciones y dando nuevo vigor á la justa causa de la legitimidad y del derecho.

De este modo las heroicas virtudes de Doña Maria, llenando de

¹ Benavides, loco citato.
TOMO II.

admiracion y de entusiasmo á las gentes sencillas y honradas, sostenian el espíritu público en favor del combatido monarca y preparaba á los pueblos el seguro camino que, aunque arrojando mil contradicciones, habia de conducirles al triunfo de la causa que sustentaban.

Al comenzar el segundo año del reinado de D. Fernando, rompiéronse las hostilidades por la parte de Aragon. D. Jaime avanzó con sus ejércitos por las fronteras leonesas y cogiendo desprevenida á la antigua capital, la tomó fácilmente, proclamando en ella rey de Leon, de Galicia y de Sevilla al infante D. Juan. No contento con esto pasó á San Fagund y allí alzaron pendones los soldados por D. Alfonso, primogénito de los de la Cerda, apellidándole rey de Castilla, de Córdoba, de Toledo y de Murcia; y creyendo seguro ya el triunfo en todas partes, imaginaron en su loco orgullo llegar del mismo modo hasta Valladolid, residencia á la sazón de Doña María, y entrar en la villa de grado ó por fuerza.

Olvidaron en el desvanecimiento de sus fáciles triunfos, que no era tan fácil empresa abatir el ánimo de los leales; y los muros de Mayorga opusieron fuerte dique á aquel torrente invasor. Pero, como si la Providencia quisiera dar claro testimonio de la causa de la justicia y de la inocencia, castigando á los traidores y hundiendo á los ambiciosos, ocurrió declararse una terrible epidemia entre los sitiadores de Mayorga. Leales eran á la Reina los caballeros que defendian esta villa, y dispuestos los tenia su lealtad á todo linage de proezas, pareciendo como que la gravedad del peligro daba mayores creces á su valor. La proximidad de Valladolid estaba señalando á los inquietos sitiadores de Mayorga una mas preciada recompensa á sus mal empleados afanes, si conseguian la rendicion de esta villa.

Durante cuatro meses de no interrumpido cerco hubo de mostrarse la impotencia de sus esfuerzos, que se estrellaron en la heroica defensa de los leales á la noble, cuanto á rudas pruebas sometida, causa de Doña María. La Providencia no permitió que peligro tan grave se prolongase. El ejército sitiador hubo de ceder á los imponentes efectos de la epidemia, y abandonó la temeraria empresa, llevándose como

testimonio mudo, pero elocuente, de sus decepciones, los cadáveres de la flor de sus caballeros y ricos hombres, y el del infante D. Pedro que habia venido con el mando de la hueste aragonesa.

Y aqui cumple consignar un rasgo, nunca por demás loado, de la Reina. Su alma generosa no podia andar bien avenida con la vulgaridad de innoble y ruin venganza; y por esto llevó el olvido de tan recientes agravios hasta el punto de conceder libre y seguro paso por Valladolid á los sitiadores de Mayorga, encargados de conducir á sus tierras los cadáveres de los mas distinguidos campeones de una causa mala.

Y como si aun fuese poco este arranque de un alma grande, Doña María hizo regalo de unos paños mortuorios para cubrir con apariencias de mas decoro los carros en que eran conducidos á tierras de Aragon los restos mortales de los que fueron en vida sus enemigos¹.

Pero en la serie no interrumpida de revueltas y turbulencias que no dejaban en paz á la Reina, no era posible entregarse á la confianza de mejores tiempos, aun en medio de sucesos en realidad propicios. Si por ventura lograba desvanecer una rivalidad, ¿por dónde habia de fiar en la lealtad jurada, si la inconstancia parecia ser el carácter de los turbulentos Infantes que tan pronto se sometian por impotencia, como envalentonados súbitamente con el arrimo de poderosos aliados, se levantaban en armas contra su reciente juramento?

Mas atenta, pues, Doña María á prevenir peligros que á fiar en inseguras treguas, supo, con hábil política, aprovechar el desaliento

¹ Montaner, refiriéndose á esta expedicion de aragoneses contra el Rey de Castilla, dice que iban á las órdenes del infante D. Pedro mil caballos y cincuenta mil infantes, todos catalanes y aragoneses. Y por lo que respecta al triste fin que tuvo para ellos esta empresa, parécenos oportuno transcribir aqui los términos en que la refiere Feliu de la Peña, á quien no se puede recusar por sospechoso tratando de sucesos desfavorables á catalanes y aragoneses. Dice, siguiendo á Montaner:

«Y pasando al Reino de Leon, despues de valerosa defensa ganaron la ciudad de Leon, donde coronaron por su Rey al infante D. Alonso. Volvieron á Castilla, ocuparon Sahagen, y le coronaron Rey de Castilla: dispósese en el Consejo el continuar la guerra dentro Castilla, ó ganar antes á Mayorga para asegurar á Leon, pues se halla á cinco leguas desta: prevaleció la conquista de Mayorga, y fue nuestro ejército á la empresa, que halló difícil, por averia presidiado los Castellanos, estando avisada la Reina de Castilla de la resolucion de nuestro Consejo de Guerra (que ya devia en aquel tiempo publicarse lo secreto de los Consejos). Al fin sitiaron á Mayorga, y duró tanto el asedio, que costó las vidas del Infante D. Pedro, de Ramon Anglesola, y de otros muchos soldados, heridos de enfermedades pestilenciales, que entraron en nuestro ejército, el qual huérfano de General holvió triste, aunque vitorioso, á estos Reinos, con los cadáveres del Infante, y de Ramon de Anglesola.» *Anales de Cataluña*, lib. XII, cap. V.